

Reflexiones psicoanalíticas sobre el fin de siglo*

*Julia Braun***

*Edmundo Zirnmerman****

*No es el mismo olvido aquel
que ha atravesado la
memoria, que aquél que la ha salteado”*

Maren y Marcelo Viñar (16)

Resumen

Los autores comparan dos contexto-socio-culturales y las patologías predominantes en cada uno de ellos.

El primero, el de la Viena fin de siglo con su moral victoriana, en el que Freud correlacionó la represión sexual con la neurosis.

El segundo, la época actual en la que las patologías predominantes se mueven en los dominios de la perversión y la psicopatía, en una sociedad donde se han corroído los valores.

Los autores creen que las guerras y el surgimiento de los totalitarismos y los genocidios configuran un modelo de sociedad donde lo tanático predomina sobre lo erótico.

* Esta es una versión ligeramente modificada del trabajo presentado en las VIII Jornadas Psicoanalíticas de A.P.U., 1993.

** Talcahuano 1257. 3° (1014) Buenos Aires.

*** Blanco Encalada 1530, 12° 1(1428) Buenos Aires.

Se correlacionan estas ideas con las investigaciones de Enriquez, Kaës, Puget y Rosolato.

Finalmente se plantean qué modelo de aparato psíquico engendrará una sociedad que ha sustituido la rigidez victoriana por un vale todo complaciente.

Como analistas -concluyen los autores- no podemos dejar de plantearnos y sostener este interrogante a riesgo de convertirnos en cómplices de un desfalco a la herencia freudiana.

Summary

The authors make a comparison between two socio-cultural Contexts and the prevailing pathologies of each one of them.

First, Vienna, at the end of the century with its Victorian moral, where Freud correlated sexual repression with neurosis.

Second, the present time, where the prevailing pathologies move in the domain of perversion and psychopathy in a society with social values decayed.

The authors believe that wars as well as the coming up of totalitarisms and genocides, shape a model of society where the tanatic prevail on the erotic.

These ideas are correlated with the investigations of Enriquez, Kaës, Puget and Rosolato.

Finally the authors ask themselves about what kind of psychi apparatus will be generate in a society where the Victorian rigidity was substituted by the complacency: "all's fair".

As analysts, the authors conclude: we have to state and hold this question, if not, we risk to become accomplice of the detraction of Freudian's heritage.

Descriptores: SOCIEDAD / MEMORIA / HOLOCAUSTO / CULTURA

Los estudiosos de la historia del psicoanálisis concuerdan en que el descubrimiento freudiano sólo pudo acontecer en el contexto socio-cultural de la Viena de fin de siglo, o

al menos en que este contexto favoreció, a modo de un humus propicio, la germinación de las inquietudes e investigaciones del creador del psicoanálisis. Así, por citar un solo ejemplo (y los mismos podrían multiplicarse), Bruno Bettelheim en su artículo **La desintegración de un mundo** (4) al referirse al episodio de Mayerling¹ sostiene: “Hacía falta el clima psicológico de Viena en ese período de declinación del Imperio y la morbidez que, en consecuencia, invadía la ciudad, para que el mundo tuviera el espectáculo de un conflicto edípico tan intenso y de una neurosis aguda que condujeran a un doble crimen inmediatamente después de una relación sexual. Este drama ponía en evidencia las tendencias destructivas del hombre, que Freud iba a descubrir y describir posteriormente: mostraba cómo las pulsiones sexuales y las pulsiones de muerte se esclarecen explorando los aspectos más profundos de la psique humana. La unión profunda y extraña del sexo y la destructividad iban a marcar la cultura vienesa de ese período de lenta decadencia del Imperio”.

Las niñeras de la época freudiana “sabían” que los niños no eran inocentes párvulos sino criaturas dotadas de una rica sexualidad. Los médicos, que los síntomas histéricos se “curaban” con la fórmula que nadie osaba recetar: **Penis dosis normalis. Repetatur.** ¿Por qué, si lo sabían, lo callaban? El mérito de Freud consistió en atreverse a “decir” lo que todos sabían y fingían ignorar. Los síntomas eran la huella visible, la denuncia de este ocultamiento. Develar este tramposo no querer saber condujo a Freud a descubrir la represión.

Un siglo después de este destape, la política del avestruz frente a la sexualidad parece cada vez más difícil de sostener. Las fajas en las revistas pornográficas no bastan para impedir que el sexo, sus placeres y sus vericuetos, sus técnicas y sus peligros sean hoy de público conocimiento. ¿Bastará con el éxito de esta “misión cumplida” para tranquilizarnos? Si acordamos en que lo fundamental del psicoanálisis es su calidad subversiva, no podemos dejar de reconocer que hoy hay algo mucho más perturbador frente a lo cual no basta con cerrar los ojos o cubrirlos con una venda. ¿Estaremos recurriendo -sin advertirlo- a la capucha del repudio, de la renegación?

¿Qué será aquello que nos negamos a saber, la desnudez del rey de la fábula? “En la neurosis individual –dice Freud en el **Malestar en la Cultura** (9)– nos sirve de punto

¹ En 1889, en el pabellón de caza de Mayerling el archiduque Rodolfo, único heredero del emperador, mató a la compañera de su última noche, la baronesa Vetsera, antes de suicidarse.

de apoyo inmediato el contraste que separa al enfermo de su contorno, aceptado como 'normal'. En una masa afectada de manera homogénea falta ese trasfondo: habría que buscarlo en otra intelección ¿de qué valdría el análisis más certero de la neurosis social, si nadie posee la autoridad para Imponer a la masa la terapia? A pesar de todos estos obstáculos, es lícito esperar que un día alguien emprenda la aventura de semejante patología de las comunidades culturales”.

¿Se tratará entonces de esto, de que lo que nos perturba se halla tan enraizado con nuestra patología cultural que carecemos de niñeras avisadas que nos den la voz de alarma?

Aquí se nos abren al menos dos líneas de reflexión, en apariencia divergentes, aunque en el fondo complementarias. 1) Un debilitamiento de la función normativa del superyó como organizador y sostén erótico de la sociedad. 2) Una violencia creciente de las relaciones humanas, algo asimilable a la polución del medio ambiente. Acontecimientos como Auschwitz, Hiroshima, etc. han dejado una impronta que no alcanzamos a detectar en toda su extensión porque la sociedad se ha tanatizado”.

Volviendo al **Malestar en la Cultura**, “He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará, y en caso afirmativo en qué medida, dominar la perturbación de la convivencia que proviene de la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento. Nuestra época merece quizás un particular interés justamente en relación con esto. Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben: de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos ‘poderes celestiales’, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”.

Una nota de Strachey a pie de página nos recuerda que Freud agregó esta última frase en 1931, en vísperas del inminente ascenso de Hitler al poder. A más de medio siglo, una relectura –a la cual le está vedada la ingenuidad– de la frase final de este texto canónico nos asombra por la lucidez con la que Freud articuló aquí cultura, sociedad, historia y patología.

En un texto precursor en cuanto al establecimiento de una correlación neurosis/sociedad, La Moral Sexual Cultural de 1908 (8), Freud acusaba a una sociedad sexualmente represora de ser la responsable principal de la desdicha neurótica de sus congéneres. Menos de un cuarto de siglo después del enfoque se revierte. ¿Podemos creer, como se desprendería de una lectura inocente del Malestar, que se trata de un aumento de pulsiones tanáticas sólo a consecuencia del debilitamiento de las libidinales? En esta época de destape y sexo a canilla libre cuesta creerlo.

Deberíamos preguntarnos qué sucedió en el mundo entre la **Moral sexual cultural** y **el Malestar**. Una respuesta exhaustiva sobrepasaría los alcances de este trabajo. Nos limitaremos a mencionar un solo hecho: **el surgimiento en ese lapso de los regímenes totalitarios**.

“El totalitarismo –afirma una experta en el tema: Hanna Arendt(1) difiere esencialmente de otras formas de opresión política que nos son conocidas, como el despotismo, la tiranía y la dictadura. Allí donde se alzó con el poder desarrolló instituciones políticas enteramente nuevas y destruyó todas las tradiciones sociales, legales y políticas del país. Sea cual fuere la tradición específicamente nacional o la fuente espiritual específica de su ideología, los sistemas totalitarios comenzaron a operar según un sistema de valores tan radicalmente diferente de todos los demás que ninguna de nuestras categorías legales, morales o utilitarias conforme al sentido común pueden ya ayudarnos a entendernos con ellos, o a juzgar o predecir el curso de sus acciones”.

Destrucción de las tradiciones, cambio de valores, anonadamiento de nuestras categorías morales... No se trata ya de la quiebra de un Imperio, de ese Apocalipsis jubiloso del hombre vienés, tironeado entre su razón y las reprimidas urgencias de su sexualidad.

Es evidente que, nos guste o no, asistimos al fin de una época y al nacimiento de otra. A falta de un nombre mejor, hay un cierto acuerdo en denominar a esta última “postmoderna” ¿Cuándo comienza? ¿Cuáles son sus rasgos distintivos? En una muy apretada síntesis podríamos caracterizarla como la de un cuestionamiento (tal vez deberíamos emplear aquí una palabra más fuerte, aniquilamiento o pulverización) de los

valores sobre los que se asentaba el mundo cultural del siglo XIX: la confianza en el progreso indefinido, garantizada por el triunfo de la razón y de la ciencia sobre el oscurantismo. Codo a codo con esta convicción marchaba la de muchos intelectuales: la victoria del proletariado y el reinado de la igualdad sobre la tierra.

Es posible que este escepticismo acerca del poder de la razón sea anterior a nuestro siglo y por supuesto podemos encontrar precursores del mismo en los románticos alemanes, en Nietzsche, en Baudelaire. Y desde luego en el mismo Freud. Pero si tuviéramos que elegir una fecha fundacional no vacilaríamos en coincidir con Lyotard: “La postmodernidad comienza con Auschwitz”. (11)

Seis millones de judíos, quinientos mil gitanos, un número no contabilizado de opositores políticos, homosexuales, discapacitados, enfermos mentales, asesinados en los campos de concentración y –aunque cronológicamente posteriores– los quinientos mil muertos del holocausto nuclear de Hiroshima y Nagasaki, los miles de “desaparecidos” en Latinoamérica y los millares de víctimas de los sistemas genocidas de todo el mundo ¿es concebible que tanta sangre inocente salpicando el rostro de nuestro siglo, “no haya dejado alguna marca en la memoria de la gente, una estría en la lisura de la historia?” se pregunta Eloy Martínez (12) al comentar una encuesta efectuada hace poco en los Estados Unidos donde el 22% de los entrevistados cree que el Holocausto nunca sucedió.

Sabemos que la represión se paga cara. En la nomenclatura freudiana ese precio se expresó en la valuta de las neurosis ¿Cuál es el costo del repudio, la renegación en este fin de siglo?

Lo pagamos con un desgarramiento de nuestro ser, con una suerte de agujero en la mismidad, con una pérdida de consistencia del espesor de nuestras vinculaciones solidadas, con desconcierto, descreimiento, vacío. Este conjunto de síntomas, más cercanos a lo perverso, desplaza a la neurosis del lugar de metro patrón de la nosología.

Los medios de comunicación masivos se utilizan para distraer del conocimiento y la toma de conciencia. Desde la pantalla se nos devuelve una realidad de ficción. El ejemplo más contundente es la Guerra del Golfo, en el que la T.V., ese ojo omnipresente, de la que llegó a decirse, como en una época de la fotografía, que “no podía mentir”, está puesta más al servicio de un escamoteo prestidigitario que de la

objetividad. Así, como lo señala Baudrillard (3), el conflicto bélico, en la medida en que no fue mostrado en la pantalla, llegó a convertirse en “la guerra que no tuvo lugar”.

En la conferencia de cierre del último Congreso Psicoanalítico Internacional (1993), Horacio Etchegoyen (7) dijo: “Vivimos un momento histórico donde la violencia y el sexo nos asedian desde los medios masivos de comunicación, donde la diferencia entre pobres y ricos se hace cada vez más irritante e insoportable. Es absolutamente necesario que el psicoanálisis haga oír su palabra”.

El “ganador” en nuestra cultura es aquel sujeto que pone en riesgo su vida al relegarla tras una carrera tanática por el poder y el dinero. El “perdedor”, es aquel otro que se siente marginado de un lugar significativo, el que se debate entre la futilidad y la alienación. Una escucha analítica atenta –tan advertida como la de las buenas niñeras de la época freudiana– verían en el segundo algo más que simplemente un “depresivo” y calificaría al primero de “sobreadaptado”.

Si no queremos un futuro que nos lleve a la práctica de un psicoanálisis de ficción tenemos que admitir que el “histórico-social” (Castonadis) (5) de esta sociedad de vacío, genera un polo de violencia, superficialidad, valores espureos, individualismo, y falta de solidaridad, responsable de las nuevas patologías con las que el psicoanalista se enfrenta hoy.

Dentro del espectro de problemas que se nos presentan, tomaremos sólo tres grandes capítulos, de alguna manera vinculados entre sí: a) la relación entre realidad psíquica y realidad social, b) el “trabajo de lo negativo” y c) las “enfermedades de la memoria”.

a) Realidad psíquica/realidad social

Las macrocatástrofes sociales producen una distorsión del orden simbólico, en estos casos, la función reguladora que se funda en la relación entre realidad psíquica y realidad social, queda gravemente perturbada. Se esfuman los límites entre el adentro y el afuera y la violencia social se confunde con la violencia psíquica.

Kaës precisa tres “formaciones” reguladoras de la articulación entre realidad psíquica y realidad social. Las mismas cumplen una función “metapsíquica” de sostén de la vida psíquica.

La primera, dice Kaës (10) fue descrita por Freud en el Malestar y la llamó “comunidad de derecho”. Se funda en el renunciamiento a la violencia pulsional individual por el bien de la comunidad.

La segunda es el “contrato narcisista” descrito por Piera Aulagnier (2) que regula la relación entre individuo y conjunto social en tanto lugar y función que cada uno de estos términos otorga y espera del otro. Esta relación incluye valores e ideales de la cultura del conjunto social y otorga al individuo su lugar de transmisor en la cadena *generacional*.

La tercera formación es la aportada por Kaës y constituye el reverso del contrato narcisista, la denomina “pacto denegativo”. Es el acuerdo común e inconsciente de todo aquello negado, desmentido, rechazado y reprimido que se establece para asegurar la continuidad de un vínculo. El pacto denegativo posee una función organizadora del vínculo -apelando a renunciamentos de interés mutuo- y otra perturbadora, creando lo no-significable, zonas de silencio que mantienen al sujeto extraño a su propia historia.

Las catástrofes sociales dislocan las alianzas produciendo consecuencias devastadoras para el psiquismo que pierde la estructura de apuntalamiento de los procesos de pensamiento y sublimación.

b) El trabajo de lo negativo:

Janine Puget (13), se refiere a “lo impensable y lo impensado”. Lo impensable proviene de aquellas percepciones que al despertar emociones intolerables, no encuentran traducción en palabras, está ligado a lo siniestro y a la angustia sin límites. Lo impensado, son aquellas experiencias o vivencias que no pueden adquirir significación simbólica porque el contexto se ha tornado incomprensible, incoherente e inasible. El destino de estas experiencias es la repetición, la potencialidad psicótica o somática.

Para Rosolato (15) lo negativo “Indica en las cosas, las operaciones, los mecanismos, una falta, un estorbo, un retardo, una interrupción, una imposibilidad, lo inexpresable, aun lo indecible”.

Lo no hablado y no reprimido aparece como síntoma en las generaciones sucesivas, síntomas que son la marca, los memoriales de lo que no se puede olvidar pero tampoco

recordar.

El trabajo de lo negativo impide la construcción de la historización a nivel individual y social. Ello priva al sujeto del conocimiento de sus orígenes y del sentimiento de continuidad temporal, ambos elementos necesarios para construir un sentido de la vida.

c) Las enfermedades de la memoria:

Genocidios y políticas de terror engendran también lo que M. Enríquez (6) denominó ‘enfermedades de la memoria’. Si un sujeto calla su experiencia de horror, tanto para sí mismo como para **los** demás o si un determinado grupo social fuerza un pacto de silencio, dicho acontecimiento va a ocupar un lugar particular en la tópica psíquica que no corresponde a un mecanismo neurótico.

Para dimensionar el daño que ocasionan estos “agujeros de la memoria” (6) recordemos que Freud dijo en sus escritos metapsicológicos, que el psiquismo es historia sedimentada y que la historia se vuelve estructura.

La necesidad de ocultar el terror, engendra una sociedad transgresiva cuyos efectos visibles o desapercibidos forman parte de una nueva patología de la vida cotidiana, en la que se puede diferenciar una “violencia social del terror” y una “violencia social transgresora”. (14)

Esta sociedad, en la que se violan regularmente normas y valores, en la que se sellan pactos perversos y alianzas espúreas, en la que se aprovechan resquicios del sistema legal que permiten el beneficio desproporcionado de un grupo en detrimento de otro favorece la creación de un sujeto corroído en su memoria y en su moral.

Hace cien años Freud fue tildado de subversivo y obsceno por desafiar las normas y costumbres de su época. Hoy lo obsceno ya no está en el sexo sino en las maniobras impúdicas de formas de poder que buscan trastocar el ejercicio de toda función normativizante. ¿Qué psiquismo se construirá en una sociedad que ha sustituido la rigidez victoriana por un vale todo complaciente? Aunque no podamos dar una respuesta acabada tenemos -como analistas- la obligación de sostener este interrogante. Si lo dejáramos caer correríamos el riesgo de convertirnos en cómplices de un desfalco a la herencia freudiana.

Bibliografía

1. ARENDT, Hanna: *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.
2. AULAGNIER, Piera: *La violencia de la interpretación*. Amorrortu. Buenos Aires, 1977.
3. BAUDRILLARD, Jean: *La guerra del Golfo*. Ed. Gedisa.
4. BETTELHEIM, Bruno: La desintegración de un mundo, en “*La remolón de lo moderno Viena del 900*”. Compilación Nicolás Casullo. Ed. Nueva Visión, 1991, pág. 78.
5. CASTORIADIS, Cornelius: *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, 1992.
6. ENRIQUEZ, Micheline: *La envoltura de la memoria y sus huecos*, en *Las envolturas psíquicas*”, Compilador D. Anzieu, Amorrortu, 1990.
7. ETCHEGOYEN R., Horacio: Conferencia pronunciada en el 38º Congreso de A.P.I. Amsterdam, 1993.
8. FREUD, Sigmund (1908): *Lo moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderno.*, AE, LX.
9. FREUD. Sigmund (1930): *El malestar en la cultura*, AE., XXI, págs. 139, 140.
10. KAES, René: *Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación*, en “*Violencia de estado y psicoanálisis*”. J. Puget y R. Kaës, compiladores, C.E.A.L., 1991.
11. LYOTARD, J.F.: *Entrevista en la Révue de Critique Littéraire*, 1986.

12. MARTINEZ, Tomás Eloy: *Las voces del silencio*. Página/ 12. agosto, 1993.
13. PUGET, Janine: *Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno-ajenizante*, en compiladores J. Puget y R. Kaës. Ibid.
14. PUGET, J.; BIANCHEDI, E.T.: de BLANCHEDI, M.; BRAUN, J.: PELENTO, M.L.: *Status psicoanalítico de la violencia social*. 38° Congreso I.P.A., Amsterdam, julio 1993.
15. ROSOLATO, Guy: *Lo negativo y su léxico*, en “Lo negativo, figuras y modalidades”. Compilador A. Missenard, Amorrortu, 1991, pág. 23.
16. VIÑAR, Maren y Marcelo: *Un epílogo como prólogo*, en “Fracturas de memoria”, edición Trilce, Montevideo, 1993, pág. 14.